

El poder de la fotografía: *asediados por las imágenes*

Eva van den Berg

«Una fotografía debería ser el resultado de situar la cabeza, el corazón y los ojos en el mismo eje»
Henri Cartier-Bresson

Ser el que mira nunca fue tan difícil. Cada día vemos una infinidad de imágenes. Queramos o no, las fotografías nos acosan por todas partes. Cuelgan de las fachadas, cubren los pasquines, las paradas del autobús, los escaparates y los objetos que consumimos. Inundan la televisión, los teléfonos móviles, las tablets y los iPods y alimentan las voraces redes sociales. Hoy más que nunca hacer una foto está al alcance de cualquiera, y cada minuto que pasa se cuelgan en la red millones de nuevas instantáneas. ¿Qué tipo de filtros pasa gran parte de ese cúmulo de impactos visuales antes de llegar a nuestros ojos? Pocos. Es obvio que el acto de realizar una fotografía debería conllevar una responsabilidad, como también la supone exhibirla. Pero hoy es complicado saber qué nos conviene mirar y cuándo es mejor cerrar los ojos o cambiar de canal. Vamos por la calle y sin querer pasamos de ver una modelo despampanante a enfrentarnos con una imagen dolorosa que busca captar fondos para una causa o con el anuncio horroroso de una película de miedo.

(Un día bajé al andén del metro con mis hijos pequeños y allí nos encontramos frente a un cartel que publicitaba una película de terror. La fotografía mostraba un rostro humano a punto de ser atravesado por un taladro vertical. Alucinante. Intenté que mis hijos no se fijaran en ella pero, por supuesto, fue en vano. Su mirada se quedó allí, hipnotizada, sus preguntas me dejaron K.O. y me invadió un cabreo explosivo, no sólo por mis hijos, también por mí. ¿Qué hacía ese cartel atroz en medio del andén? ¿Por qué nos vimos obligados a verlo?)

Estamos en la era de la imagen, dijo un filósofo francés ya en el siglo XIX. Gracias a ellas y gracias a un grado de libertad de expresión jamás visto en el pasado, sabemos cada vez más lo que sucede en el mundo. «Las fotografías ayudan a la gente a ver y a ser vista», dijo la fotógrafa estadounidense Berenice Abbot. Cierto, algunas fotografías lo hacen. Otras muchas, sin embargo, simplemente embrutecen y alienan al observador y acaban por banalizar el horror informativo con el que estamos obligados a convivir. Aunque por supuesto, entre todo ese maremágnum siempre ha habido y siempre habrá un montón de fotografías fantásticas. Imágenes que nos emocionan, que nos hacen sentir más humanos y más vivos. Son aquellas que guardamos en la memoria y que nos hacen reflexionar.

Imágenes poderosas: fotografías para la posteridad

El fotógrafo de National Geographic Steve McCurry fue el primer sorprendido ante el impacto que tuvo su foto de la famosa niña afgana retratada en un campo de refugiados de Pakistán en 1984. «Nunca pensé que esa foto iba a ser distinta de las otras que disparé esos días», afirmó. Pero lo fue, sin duda. La foto, portada de la revista en 1985, causó un tremendo efecto entre los lectores. ¿Por qué? ¿Qué tenía esa mirada de especial? ¿Fue esa mezcla de misterio, belleza y vulnerabilidad extrema la que cautivó el corazón de la gente? Fuera lo que fuese, los ojos verdes de aquella niña anónima calaron hondo entre el público occidental y generaron una inusitada ola de donaciones y acciones de voluntariado en pro de la causa de los refugiados del mundo. Una niña de la que nada sabíamos hasta que, diecisiete años después y mediante un increíble despliegue de medios, McCurry la localizó de nuevo y la convenció para que posara otra vez para NG. Por fin conocimos su nombre, Sharbat Gula, quien, con treinta años de edad, volvió a ser portada del magazine en 2002. Millones de personas constataron cómo el paso de la vida había matado aquella aura de antaño. El «hechizo» se había desvanecido y con él se disipaba la esperanza de un futuro y una vida mejor para Sharbat y otras tantas como ella. Sin embargo, aquella foto hacía mucho tiempo que había trascendido a la persona y, aunque quizá no volvamos a saber nada de su vida de adulta, su imagen de niña nos acompañará para siempre.

¿Qué hace que una fotografía perdure en la memoria del espectador? ¿Qué provoca que una imagen sobreviva a la vorágine visual imperante? Perdurar en la memoria colectiva nunca fue fácil, y las imágenes que lo logran pueden ser completamente distintas pero tienen rasgos en común: poseen una entidad propia, cierta dosis de sensibilidad y el propósito de transmitir un mensaje de calado. Pueden ser imágenes amables o incisivas, ensalzar la belleza o denunciar la barbarie. Pueden arrancarnos una sonrisa o alertarnos sobre una realidad que no deberíamos ignorar, plasmar una escena familiar cotidiana o captar la esencia de una guerra. Pero aún en las realidades más duras evitan el exhibicionismo de la atrocidad. Porque su objetivo no es horrorizar al espectador, sino suscitar en él una reacción serena que permita una mirada sostenida. El «tránsito hacia la posteridad» de una fotografía dependerá en gran medida de nuestra capacidad y nuestras ganas de observarla el tiempo suficiente.

La fotografía y la divulgación científica

Dijo el científico Blaise Pascal en el siglo XVII que el hombre está siempre dispuesto a negar lo que no comprende. Sabemos que propiciar el entendimiento de la realidad es esencial para erigir una sociedad con criterio. Pero comprender aquello que no se ve es realmente complicado. Sin duda, el éxito que hoy tiene la divulgación de la ciencia hubiera sido imposible de alcanzar sin el poder de las imágenes. La fotografía ha sido una pieza esencial para lograr el acceso a la ciencia por parte del gran público. Una pieza clave para conseguir esa seducción ambiental tan perseguida por los divulgadores científicos. Las buenas imágenes convencen, sensibilizan, impactan,... y venden un montón. «La palabra fotografía se ha vuelto tan musical a mi oído como el tintineo de una caja registradora para un hombre de negocios», comentó Gilbert H. Grosvenor, primer editor a jornada completa de NG, en 1905. Considerado hoy el padre del fotoperiodismo, Grosvenor fue editor de la revista entre 1899 y 1954 y a él le debemos la apuesta total de NG por la fotografía. En diciembre de 1904, saltándose las reticencias de una parte del núcleo duro de la Sociedad, que pensaba que un exceso de fotografías era sinónimo de una «visión poco científica de la geografía», decidió llevar a imprenta un reportaje con una serie de fotografías realizadas por un explorador ruso en la ciudad tibetana de Lhasa. Se publicó en enero de 1905 y fue el primero de una serie de reportajes que mostraron al mundo lugares jamás vistos con anterioridad. El incremento del número de socios fue espectacular. Durante 1905 miles de nuevos suscriptores quisieron pagar su cuota. A finales de año ya había unos 11.000. Diez años después, la cifra se elevó a 424.000 socios. ¡Y eso que la tecnología de la imagen no había hecho más que despegar!

Aunque desde sus inicios los fundadores de National Geographic quisieron crear una «sociedad geográfica» abierta a todo tipo de público, la apuesta de Grosvenor cambió el rumbo de las cosas. Pero la semilla de un espíritu divulgador ya estaba ahí, y así lo dejó claro Gardiner Greene Hubbard, primer presidente de National Geographic, en su discurso de 1888. «Los miembros de nuestra Sociedad no quedarán restringidos a los geógrafos de profesión, sino que incluirán a ese gran número de personas que, como yo, desean promover las investigaciones de otros y difundir el conocimiento de modo que todos podamos saber más sobre el mundo en que vivimos». En una época en que la fotografía todavía no había dado su gran salto evolutivo, los primeros «boletines», antecesores del magazine actual, carecían de imágenes y, vistos desde la perspectiva actual, eran auténticos tochos, páginas y páginas de textos escritos de forma muy poco divulgativa.

Por ello la apuesta de Grosvenor fue decisiva. Otorgar a la fotografía un lugar de honor en el magazine fue el detonante de una historia de éxito que continúa 125 años después. Hoy, más que ostentar un lugar de honor, la fotografía es la columna vertebral de la revista. Sin (una buena) foto, no hay noticia, aunque la noticia sea la bomba. Se lo dice una plumilla... Les dejo con algunas de las fotos que guardo en mi «rincón para la posteridad».



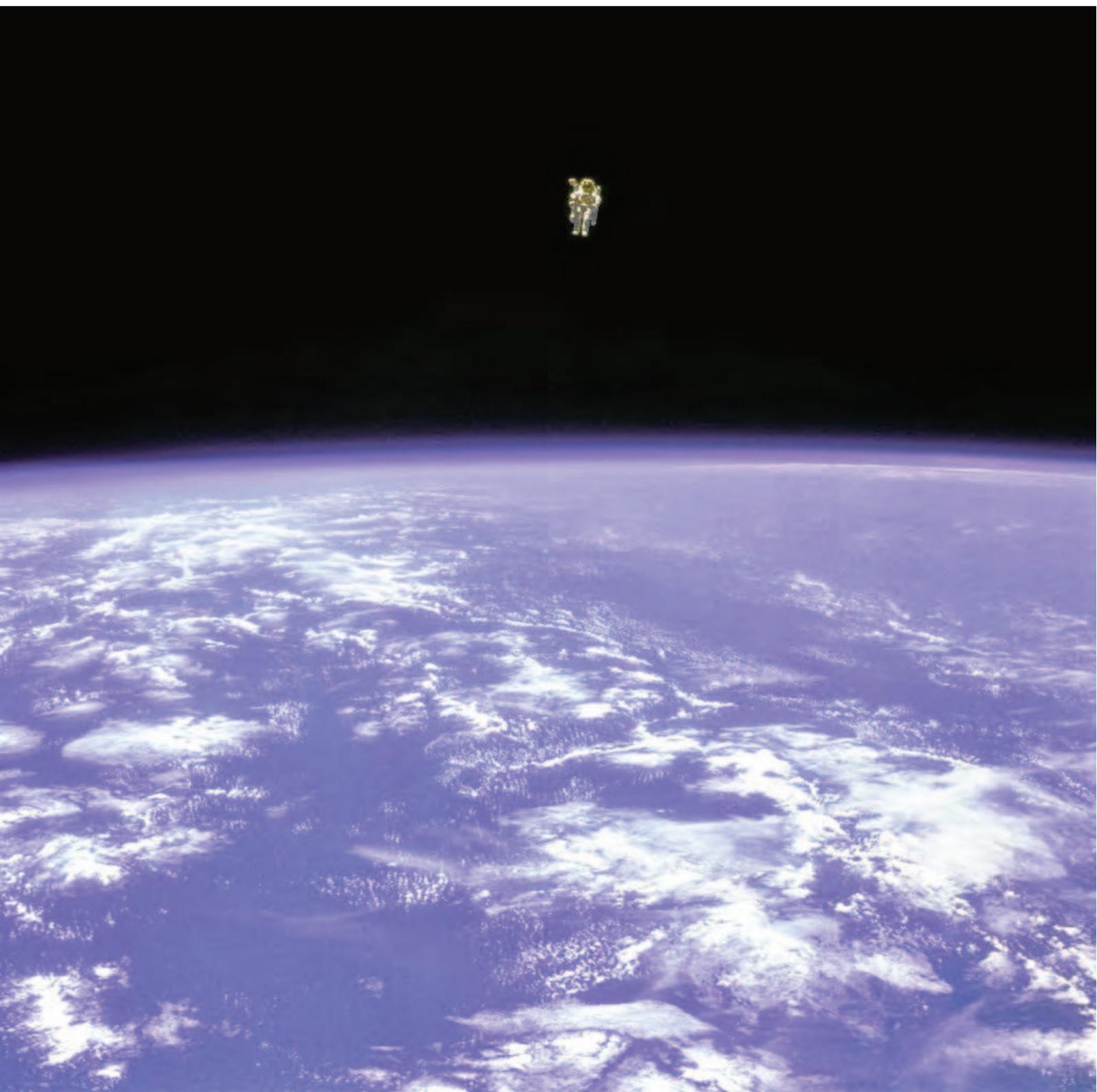
El *Endurance* atrapado en el hielo antártico, fotografía de Frank Hurley de 1915

El fotógrafo australiano Frank Hurley acompañó a Ernest Shackleton y a sus hombres en la Expedición Imperial Transantártica realizada entre 1914 y 1917. El *Endurance* quedó atrapado en el mar helado de Weddell y acabó por hundirse, dejando a los 27 tripulantes sobre el hielo. No lograron ser rescatados hasta casi un año después pero todos sobrevivieron. Contra todo pronóstico y desobedeciendo al capitán, Hurley conservó sus magníficas fotografías de aquella gesta heroica. Esta es una de mis preferidas. Me transmite **superación**.



India guaja en la selva amazónica, fotografía de Pisco del Gaiso de 1993.

El brasileño Pisco del Gaiso ganó con esta imagen el Premio Rey de España de Fotografía en 1993. Fue tomada en la selva amazónica, donde esta india guaja amamantaba a una cría de jabalí cuya madre había muerto. Un gesto conmovedor. Lo que más me gusta es el sentimiento de **empatía** de esta joven madre india.



Flotando en el espacio exterior, fotografía de la NASA de 1984

El astronauta Bruce McCandless se alejó 100 metros del transbordador espacial Challenger. Nadie nunca había llegado tan lejos. Sin nada que lo atara a la nave, paseó por el espacio guiado por una Unidad de Maniobras Tripulada. Sólo en el Universo. Siento un enorme **sobrecogimiento** cada vez que la observo.



Erupción del volcán Pinatubo, fotografía de Antonio García de 1991

Desde la parte trasera de su furgoneta, el fotógrafo Antonio García captó esta inquietante imagen durante la erupción del volcán Pinatubo, situado en la isla de Luzón, en las Filipinas. Todos los que estaban en este escenario sobrevivieron. Pero por poco. Es una imagen que evidencia la fuerza desatada de la naturaleza y una sensación brutal de **peligro**.



León en el Kalahari, fotografía de Chris Johns (NG) de 1996

Este león adulto camina en el lecho de un río seco azotado por el viento entre Sudáfrica y Botswana. El fotógrafo estaba bastante cerca pero cuenta que el felino ni tan sólo se inmutó. Para Johns fue todo un privilegio contemplar la majestuosidad de este macho imponente. Para mi es la encarnación de la belleza salvaje y de la elegancia animal.

Eva van den Berg es redactora de National Geographic España